

Jornadas de Etnografía y Métodos Cualitativos

modalidad virtual

ISSN 2525-0604

12, 13 y 14 de agosto, 2020.

Reflexiones tensionadas. Escribir e investigar en contextos de extrema pobreza urbana.

Mercedes Libertad Machado (UADER-CONICET)

Luciano Martin Mantiñan (UNSAM-CONICET)

Este trabajo propone una reflexión acerca de los procesos de investigación y escritura de nuestras tesis de doctorado, entendiéndolas como la condensación de nuestros últimos 10 años de trabajo en contextos urbanos caracterizados por la extrema pobreza y la degradación ambiental. Se trata de un modo de reflexionar tensionado a partir del cual se busca la descripción de algunos aspectos de esa experiencia que implicó dicho proceso de investigación y escritura. Se trata aquí de rescatar para la reflexión algunas de las inquietudes, emociones, malestares, sinsabores e intereses que aquella tarea implicó. Todo un complejo al que aquí referiremos bajo el concepto de tensiones. Aquí, por tanto, nos proponemos decir algo luego de haber atravesado dicho proceso, como una reflexión pos- tesis acerca de algunas vicisitudes que hoy entendemos, hicieron parte de nuestra investigación, nuestra posibilidad de decir algo acerca de los temas que investigamos.

Proponemos aquí, un modo de reflexionar conversado, de a dos, acerca del tema, una reflexión no lineal, tensionada, a partir de la cual buscamos acercarnos a la descripción de algunos aspectos de ese proceso vital, esa experiencia que implicó dicho proceso de investigación y escritura. Para realizar esta tarea recuperamos la imagen del *rizoma* de

Deleuze y Guattari (2000), buscando ese escribir eslabonado, que va sucediendo, múltiple y sin un camino trazado de antemano. A la imagen del rizoma, nos acercaremos al problema como si este fuese un ovillo de hilo, con puntas, nudos, con diversas fibras, tirando de algunas de ellas para desenredar esa enmarañada experiencia, para poder decir algo de aquel proceso. El cierre de las mismas tesis implicó para ambos atravesar sentimientos de *vacío*, de imposibilidades del decir, con silencios cargados de angustias y cuestionamientos acerca de nuestra tarea.

Introducción

Este trabajo propone constituirse como una reflexión acerca de los procesos de investigación y escritura de nuestras tesis de doctorado. Se trata de un modo de reflexionar conversado, de a dos, acerca del tema, una reflexión no lineal, tensionada, a partir de la cual buscamos acercarnos a la descripción de algunos aspectos de ese proceso vital, esa experiencia que implicó dicho proceso de investigación y escritura. Para realizar esta tarea recuperamos la imagen del *rizoma* de Deleuze y Guattari (2000), buscando ese escribir eslabonado, que va sucediendo, múltiple y sin un camino trazado de antemano. A la imagen del rizoma, nos acercaremos al problema como si este fuese un ovillo de hilo, con puntas, nudos, con diversas fibras, tirando de algunas de ellas para desenredar esa enmarañada experiencia, para poder decir algo de aquel proceso. Se trata aquí de un *decir algo* luego de *ya haber dicho* y luego de haber comenzado a sedimentar algunas de las inquietudes, emociones, malestares, sinsabores, pero también reflexiones, intereses, que aquella tarea implicó. Todo un complejo al que aquí referiremos bajo el concepto de *tensiones*.

Con ese *ya haber dicho* nos referimos a la escritura y al proceso de reflexión que implicó la realización de nuestras tesis doctorales, entendiéndolas como la condensación de nuestros últimos años de trabajo. De cierto modo, un punto final y un nuevo comienzo. El cierre de las mismas tesis implicó para ambos atravesar sentimientos de *vacío*, de imposibilidades del decir, con silencios cargados de angustias y cuestionamientos acerca de nuestra tarea. Aquí, por tanto nos proponemos decir algo luego de haber atravesado dicho proceso, como una reflexión pos-tesis acerca de algunas vicisitudes que hoy

entendemos, hicieron parte de nuestro trabajo de campo, nuestra investigación, nuestra posibilidad de decir algo acerca de los temas que investigamos.

Estas posibilidades del decir y la forma que intentamos que adopte en el transcurso de este trabajo, adquieren algunas características que nos parecen relevantes. La misma idea de tensión atraviesa nuestra escritura, la posibilidad del decir misma se enreda, se encuentra con callejones sin salida, con curvas y en ellas nos encontramos nosotros, tanteando otros posibles caminos y discutiendo qué dirección tomar.

También entendemos que fuimos y somos tensionados por el deber ser de las ciencias sociales y humanas, la misma academia. Es decir, nos encontramos con los cuestionamientos acerca de lo que se puede decir o no, qué es esperable, aceptable, promovido y válido en un trabajo de tesis, en una investigación doctoral, y también claro en un artículo científico. Y yendo más allá aún pero en relación a lo mencionado, nos hemos preguntado una y otra vez, qué se puede hacer o no en el campo, qué intervenciones uno puede desplegar, cuánto puede dejarse afectar uno por las experiencias vividas. Y luego, qué puede escribir acerca de toda esa experiencia que sea reconocido como válido en términos científicos. Cuánto uno puede mostrar(se) en su afección en la escritura, en la academia. Se trata de cuestionamientos que visibilizan los lineamientos, los límites entre lo que se acepta como ciencia o no, todas construcciones arbitrarias pero validadas y valoradas en el ejercicio de la ciencia.

La posibilidad del decir se encuentra de estas formas, tensionada en sí misma, mas no de una forma de la cual intentamos escaparnos, ni disolver, ni resolver, sino que la padecemos, al mismo tiempo que la asumimos y defendemos como el modo más apropiado para referirnos al proceso sobre el cual queremos reflexionar. Así la escritura de este trabajo intenta ser un repaso de las mismas tramas reflexivas, de sus movimientos, sus idas y vueltas. *Decir después de decir* refiere entonces a ese desandar particular del recorrido que hicimos hasta aquí, luego de haber escrito y defendido nuestras tesis doctorales. Nuestras investigaciones fueron realizadas en contextos urbanos caracterizados por la pobreza extrema y la degradación ambiental en el Partido de General San Martín, del conurbano bonaerense. Nuestros focos en particular estuvieron puestos en la descripción de los relatos de futuro que los/las estudiantes de escuelas

secundarias construyen desde su cotidianidad barrial y escolar por un lado; y por otro en las formas en que políticamente las vidas son violentadas en dichos contextos urbanos.

En este desandar camino nos encontramos con numerosas imágenes que nos ayudaron y ayudan a poder *decir*. Entendemos que resulta muy complejo trabajar con la palabra escrita, ya que tanto para quien escribe como para quien lee, siempre se corre el peligro de fijar sentidos, de concluir, incluso sabiendo y alertando acerca de ese peligro. La palabra escrita nombra, define, construye sentidos y de esa manera brinda posibilidades, pero a su vez intentando reflexionar acerca de nuestras experiencias nos encontramos con las dificultades de esa palabra escrita. La idea del rizoma nos permitió recuperar la fuerza de las imágenes como una forma de multiplicar sentidos, de buscar la fuga de lo estático, de lo lineal, de lo esencial, incluso lo dicotómico. La potencia del movimiento que brindan las imágenes nos permite visualizar, reflexionar, decir, en aquellos momentos donde la palabra escrita se obtura, ponerle tonalidades y matices a la propia experiencia.

Pensar en imágenes como forma de acercarnos a aquello que queremos comprender, a la vez que, como forma de pensar nuestro hacer y nuestros modos de escribir, se constituyó como una fuga, cuando la palabra no alcanzaba para referir aquello que sucedía y nos sucedía en la investigación. Entendiendo la fuga como aquella posibilidad que Deleuze y Guattari proponen en *Mil mesetas*, una posibilidad que “permite fragmentar los estratos, romper las raíces y efectuar nuevas conexiones” (2000: 20). Aquello que en la escritura de nuestras tesis doctorales apareció casi por casualidad y que fuimos descubriendo a tientas en el mismo hacer, en la misma hechura de la tesis, implicó angustias, inseguridades y cuestionamientos ya que se desenvolvía bajo formas que no son con las que nos encontramos habitualmente en la academia y menos aún en los trabajos de tesis, por lo menos en nuestros campos de investigación.

Aquella forma en ese momento difusa, naciente, que requirió meses de decantación, aquí es retomada intencionalmente. Hoy escribimos asumiendo sus potencias, sus desafíos y proponiéndola como modo valioso de hacer y escribir investigación científica. Esto implica formas particulares de escribir, de *decir*, que nos sigue tensionando en ese ejercicio, y que resalta el lugar de las imágenes, de las preguntas, del movimiento. Por ello escribimos al mismo tiempo que pensamos la forma de hacerlo, las líneas y sus

nudos que van a apareciendo, y que vamos siguiendo, como una marea que va y viene, que se acerca y se aleja en un movimiento indefinido y pendular.

Retomando este modo es que aquí nos acercamos a algunos matices de aquella experiencia sin intentar agotarla ni ser conclusivos al respecto. Somos conscientes que dejamos cuestiones sin resolver y preguntas sin contestar, pero lo aceptamos y asumimos como nuestro modo de decir. Hoy presentamos una imagen acerca de ello, la que en este momento constituye nuestra posibilidad y también nuestra elección para decir. En este sentido, aquí nos focalizaremos en: 1 Algunas de las tensiones que involucró el proceso de investigación/escritura de la tesis, sobre las que hoy podemos reflexionar y el lugar del *vínculo*, con sus notas de afección, como relación de campo para producir investigación; 2 Aquí reflexionamos acerca de las posibilidades del decir y la imposibilidad también de la palabra que al hacer investigación nos ha atravesado, sus alcances, sus valores, sus límites y posibilidades; 3 En este apartado nos detenemos a reflexionar en el lugar de la pregunta como vector que atraviesa el propio trabajo investigativo y el encuentro con el deseo -de uno mismo y de los otros- como motor que logra darle sentido al propio trabajo; 4 Aquí retomamos el valor de lo afectivo, la afectación que permite y dirige las líneas de la investigación y como desde allí se puede reconsiderar, volver sobre el propio proceso de investigación, para entender algunos de sus matices.

1- Acerca de las tensiones, las miradas y la construcción vincular

En un artículo previo¹ reflexionamos a través de una investigación de carácter etnográfico (Geertz, 2006), acerca de algunas de las particularidades del ser joven y la niñez en contextos urbanos caracterizados por la extrema pobreza y la degradación ambiental, a lo que referimos como los bordes de la urbe y que se conocen popularmente como “villas” o “villas miseria”². En ese momento nos pareció interesante, esclarecedor,

¹ Grinberg, Silvia; Machado, Mercedes; Mantiñán, Luciano Martín (2016) “Relatos de infancias: Nacer y vivir en las villas del sur global. Cartografía y devenir de la subjetividad en las sociedades contemporáneas”. Revista Última Década. Centro de Estudios Sociales. *Versión On-line* ISSN 0718-2236.

² El término “villa miseria” fue acuñado por el periodista Bernardo Verbistky en su novela titulada “Villa Miseria también es América” (1957) en la que se realiza una descripción de las condiciones de vida de los inmigrantes durante la Década Infame. Luego es Hugo Ratier (1985) quien se ocupa

acercarnos al tema jugando con la idea de *intensidades* (Deleuze y Guattari, 2000) para poder decir algo acerca de algunos núcleos, donde pensamos que se concentran algunas particularidades y tensiones para pensar las infancias en esos contextos en nuestros tiempos. En aquella oportunidad, pesamos en: 1 el nacer/vivir en la villa; 2 la idea de *llegar a ser alguien*; 3 el reconocer su espacio barrial como un lugar propio y querido, al mismo tiempo que peligroso.

Al mismo tiempo la noción de intensidad nos remite a la idea de tensión ya mencionada, pero en un nuevo sentido, nos posibilita otras formas del decir. Nos permite adentrarnos en la disputa de sentidos, su multiplicidad, la posibilidad del decir sin optar -ni disolver- por alguno de sus términos. El tiempo transcurrido hasta aquí, la posibilidad del decir después del decir, nos permitió decantar hacia una nueva forma de focalizar en esta idea de tensiones. Tratar de discernir algunas de las particularidades de las vidas en las villas, nos acercó en esa oportunidad a la noción de intensidad, hoy optamos por referirnos a nuestras propias tensiones cuando nos situamos en la encrucijada del decir.

La idea de tensión nos trajo hasta aquí. Hacer foco en la experiencia del decir nos llevó a reflexionar acerca del estar de un modo singular en el campo, con las particularidades propias de aquellos espacios urbanos. Ese modo de estar allí nos enredó en la generación de un vínculo. Vínculo establecido con sujetos, espacios, instituciones, organizaciones barriales, un modo de pensar al otro, un modo de acercarse, de mirar pero también de comprometerse, y también de afectarse.

Entendemos esta construcción vincular no como algo razonado o digitado, sino como un movimiento, un intercambio que simplemente nos sucede. A su vez, esta construcción constituye la puerta de entrada para pensar y pensarnos en nuestras tensiones, desde las cuales nos acercamos a reflexionar sobre las tensiones de aquellas vidas en estos contextos urbanos. Del mismo modo entendemos como posibilidad del decir después del decir, el volver sobre la emoción y la afección que el proceso de investigación nos generó (Cabrera, 2010)

En este punto nos invaden algunas preguntas:

de rastrear el origen de éstas en nuestro país, dando cuenta del complejo proceso que se inicia con el cambio en la economía durante las primeras décadas del siglo XIX.

¿De qué otra forma podríamos habernos acercado, investigado, más allá de nuestra formación, nuestra historia, nuestra corporalidad? Este modo de estar allí, de afectarnos ¿Se trata de una opción? ¿De un posicionamiento personal en tanto político? ¿Pudimos hacerlo de otra forma?

Como ya adelantamos estas preguntas no tienen respuestas cerradas, pero pensamos que dicho posicionamiento a lo largo de nuestra investigación devino en una forma de estar allí (Geertz, 2015), un modo que propició la generación de un vínculo particular con el otro/ los otros. Y es a partir de dicho vínculo, de esa construcción vincular, que nos encontramos con algunas de nuestras propias tensiones, de las que debimos hacernos cargo, para transitarlas, y poder decir desde allí algo acerca de aquel proceso.

Aquí quisiéramos acercarnos a algunas de las particularidades que adquirió esa misma construcción para desplegarlas. Nos referimos a una modulación construida entre dos, un nosotros como investigadores y los sujetos y los espacios con los que trabajamos. Se trata de un flujo en formación y movimiento permanente, entendido también en sentido afectivo, que produce afección y desde esa misma afección es que uno dice, escribe, silencia, en la medida de las posibilidades de ese momento. Aquella construcción nos implica en forma cabal, tanto en nuestra racionalidad como también en nuestra corporalidad.

La construcción vincular adquiere así la forma del epicentro de la tensión, desde la cual se piensa y se habla. Desde allí nos encontramos con nuestras propias tensiones y desde ellas es que reflexionamos sobre las otras tensiones, las de aquellos sujetos y sus espacios que intentamos comprender. En ese desandar de este camino transitado, en esa reflexión a la que nos hemos llamado, que nos encontramos con que la construcción vincular fue un factor clave de la investigación, porque es el que permitió la apertura del propio decir.

Vínculo construido desde y con la permanencia, con cierta tonalidad que adquiere el “estar ahí” (Auge, 2014 Geertz, 2015). ¿Qué tiene de particular esta tonalidad del *estar allí*? Entendemos que implica una mirada cálida, interesada por el otro, sus deseos, y también sus temores. No se trata de una mirada de pesquisa, como de sabueso o detective al acecho de recursos para simplemente luego producir académicamente. Es un modo de

estar particular, que implica mostrarse uno mismo, como investigador, pero también como sujeto deseante, tensionado, afectado. Es desde ese estar allí, de esa tonalidad, devenido en una construcción vincular particular, que nos topamos con nuestras propias tensiones. Todo ese entramado es el que permite una palabra también particular, un decir afectado, cargado de aquella experiencia con todos sus matices e intensidades.

La reflexión sobre esa construcción vincular particular nos llevó a considerar nuestro propio posicionamiento. Se trata de un posicionamiento devenido, es ese estar ahí que está siendo, sucediendo, construido en el propio proceso de trabajo de campo. Pero que también se relaciona con el propio posicionamiento ético-político, aquel que uno construye y asume como actor social. Posicionamiento ético-político que también –como creemos no podría o no tendría que ser de otra manera- invade nuestro ser científicos, y asumimos como deber ser de nuestra profesión, ya que con Bourgois (2010) creemos que las ciencias sociales pueden y deben ser bastiones de resistencia contra la desigualdad.

Nuestra propia mirada es parte de dicha construcción vincular, se desprende de ella, contribuye a generar y sostener un vínculo con un otro que (nos) importa, que valoramos. Esta mirada se define, se pule, al mismo tiempo que la construcción vincular se va haciendo, va sucediendo, como un movimiento cíclico, pendular. Esta misma mirada entiende que el otro tiene algo para sorprender (nos) (Krotz, 1994), algo para decir, desde donde se narra a sí mismo y se define. Una mirada que pulsa, que se detiene, que atiende silencios, que permite afectarse. Un mirar que nos implica corporalmente en lugares, momentos, donde también sentimos miedo, ansiedad, bronca, impotencia. Un mirar que se llena pronto. Que cuesta vaciar.

Este posicionamiento personal, esta mirada, construida al mismo tiempo que transformada, tensionada, se afecta a lo largo del proceso de la investigación y la escritura. Un afectarse que también implica padecer tensiones, transitarlas a tientas, torpemente, corporizarlas, sentir que a veces se pierde la posibilidad misma de la palabra, e incluso cuestionarse el sentido de lo que uno está haciendo, del propio valor de la investigación en estos contextos particulares. Varias veces nos hemos encontrado mientras trabajábamos en nuestras tesis con preguntas que nos interpelaban: ¿Para qué sirve lo que estoy haciendo? ¿Cuál es el sentido de mi trabajo? ¿Para qué escribir una

tesis sobre esto? Cuestionamientos que están profundamente relacionados con el contexto social, los sujetos con los cuales desarrollamos nuestra investigación y nuestras inquietudes reflexivas.

2- De la (im)posibilidad de palabra.

Hoy nos encontramos reflexionando acerca de ese modo particular de andar, de mirar, de construir, que nos permitió escribir nuestras tesis doctorales. Aquí reflexionamos acerca de la posibilidad de palabra que aquella experiencia habilitó, pero que no fue lineal, sino que como adelantamos más arriba, a veces implicó el no poder decir, o la imposibilidad de palabra. En realidad no se trata de una dicotomía entre un poder decir y su imposibilidad, sino más bien de un movimiento, un proceso que implica la convivencia de ambos elementos, una convivencia que implicó fricciones, ansiedades, angustias. Hoy visto en retrospectiva entendemos que esos elementos no se niegan, se necesitan mutuamente, son parte del mismo proceso. Un decir que a veces fue balbuceo, incluso silencio. En cualquier caso entendemos que ningún decir agota la experiencia del haber estado, del *estar allí*, de aquello transitado, aunque ésta no fuera nunca nuestra pretensión. Hoy escribimos después de rumiar algunos meses ese proceso, de la posibilidad y la imposibilidad de la palabra, de sus sentidos, incluso de nuestro propio ser científicos sociales.

En nuestros casos, ambos padecimos, transitamos una suerte de intermitencias de imposibilidad del decir sobre aquello que investigábamos, donde también –como ya se adelantó- cuestionamos nuestro rol, nuestra actividad, la propia validez de la escritura, el sentido de nuestro trabajo y hasta atravesamos dudas acerca de nuestros horizontes como profesionales.

Decir después del decir, esta suerte de ejercicio al que nos llamamos hoy, condensa muchas de estas inquietudes y afecciones. Se trata de una reflexión post experiencia doctoral, ligada a un descubrir –y también redescubrir- que, desde allí, se puede decir algo quizá interesante, algo que quizá le aporta otros sentidos a la producción científica y que nos permite seguir *diciendo*. Las preguntas siguen surgiendo:

¿Para qué escribir sobre esto? E intentamos torpes respuestas:

Para darle de algún modo sentido a lo que hacemos, a lo que hicimos, para redescubrir que esa construcción con el “otro”, esa construcción vincular de la que ya hablamos, es la que le da sentido. Escribimos para asumir en primera instancia y luego también defender, un modo singular de hacer investigación. Se trata de una reflexión sobre los modos de hacer, pensar y escribir que nos permite seguir diciendo después de haber dicho. Para seguir adelante.

Un modo de decir, de estar allí, de mirar, que implica una cuestión política, una mirada del otro, de la desigualdad social, del mundo, incluso de la propia ciencia. Un modo de decir que respeta también nuestras posibilidades e imposibilidades, nuestros silencios, malestares. Un modo de decir afectado que no siempre encuentra sentidos, incluso que a veces no encuentra salida. Escribimos también para desandar estas (im)posibilidades, las del silencio, la ansiedad y el vacío. Para repensar nuestros caminos y no desconocer aquello que nos invadió e invade a la hora del decir. Para repensar otros modos, para reflexionar sobre las maneras en las que le ponemos el cuerpo al hacer y ser científicos sociales en los (des)bordes (Grinberg, Machado, Mantiñán, 2016) de la urbanidad, para tensionar las fronteras de aquello que generalmente se postula como producción académica. Para seguir desde allí pensando las tensiones sin disolverlas, dinamitando dicotomías que consideramos sin sentido (ciencia vs emoción, racionalidad vs corporalidad, posibilidad vs imposibilidad del decir, etc.)

Al terminar de escribir el artículo sobre las infancias, previamente mencionado, nos habíamos quedado pensando en la posibilidad de reflexionar acerca de los modos particulares de hacer -sentir, decir- investigación en estos contextos urbanos, cuestiones con las que nos encontramos mientras reflexionábamos y escribimos aquel artículo. Y desde aquella oportunidad había quedado pendiente escribir lo que habíamos comenzado a pensar en ese momento, como un “artículo metodológico”. Esta intención había quedado pospuesta a causa de las urgencias de las respectivas tesis y fue redescubierta cuando hace algunos meses nos propusieron presentar en la Universidad Nacional de San Martín, nuestros modos particulares de entender la investigación etnográfica.

A partir de allí nos embarcamos en la tarea de recuperar en un escrito nuestra experiencia de investigación. Desde ese momento, es que esto empieza a tomar forma, al menos en intención. Recuperamos nuestros modos del decir en las tesis, donde nos detuvimos en aquello que fuimos sintiendo, en la descripción de cómo nos afectó hacer investigación en estos espacios urbanos particulares. Desde allí, desde el vacío en que nos encontramos luego de escribir nuestras tesis, desde ese lugar de vacío y obturación y su impacto en la posibilidad del decir, recuperamos el no saber cómo poner en palabras. Quizá como una oportunidad para detenerse a reflexionar y decantar aquel proceso, para luego intentar seguir avanzando. Como un ejercicio de reconstrucción de lo que nos sucedió y sucede en el cuerpo. Reconstruir el proceso. Tarea fundamental a nuestro entender.

En esa reflexión nos encontramos con aquello que aquí entendemos como posibilidad de palabra y también su imposibilidad, con esa tensión que nos habita y al mismo tiempo nos habilita. Es aquí que nos detuvimos a considerar las particularidades que la escritura toma en este decir tensionado, cerrando, ordenando, alumbrando, pero también sesgando, recortando y oscureciendo. Un decir que nos tranquiliza pero también inquieta, incomoda. La escritura permite cerrar, de algún modo, el proceso, un recorrido que se emprende sin saber a dónde se va ni dónde acaba. La escritura direcciona pero también obtura otros caminos. Es aquello que se decanta. Por ello es una oportunidad, con sus propios tiempos de palabras y pausas. Oportunidad para decir algo sobre aquello que resuena en uno, sobre sus sentidos, un *decir algo* cargado de una mirada singular, desde una postura, que implica elecciones, nuestra propia historia, nuestro sentir.

Entendemos a la escritura como un momento y un proceso. No es esencial. No hay inicio. No hay fin. De alguna manera la escritura refleja el mismo proceso de la reflexión, de la investigación. Tanto la reflexión como la escritura maneja y necesita de tiempos, tiempos para escribir, decantar, procesar, rumiar... más allá de todo lo pensado y lo dicho, sabemos que siempre *hay más vueltas para darle*.

Como escribiera Geertz acerca del trabajo etnográfico, nosotros entendemos que ninguna reflexión o escritura puede agotar una experiencia:

(...) sé que por mucho que continúe meditando en ese encuentro no me

acercaré al fondo del asunto. Tampoco me he acercado más al fondo de cualquier otra cosa sobre la cual haya escrito en estos ensayos que siguen o en otros lugares. El análisis cultural es intrínsecamente incompleto. Y, lo que es peor, cuanto más profundamente se lo realiza menos completo es. Es esta una extraña ciencia cuyas afirmaciones más convincentes son las que descansan sobre bases más trémulas, de suerte que estudiar la materia que se tiene entre manos es intensificar las sospechas (tanto de uno mismo como de los demás) de que uno no está encarando bien las cosas. Pero esta circunstancia es lo que significa ser un etnógrafo, aparte de importunar a personas sutiles con preguntas obtusas. (Geertz: 2006: 39).

Se trata aquí de volver sobre el proceso de reflexión sabiendo de antemano que la escritura no agota dicho proceso y la experiencia de la investigación, pero que sí permite darle algún sentido o explicitar al menos algunas de sus líneas. La escritura es una oportunidad para detenerse en algunos de los momentos de ese proceso reflexivo, momentos que nos resultaron o nos resultan significativos, y de los que hoy somos capaces de hablar.

Es en ese transitar que hay líneas que se fueron tornando claras y que de esa forma nos permitieron seguirlas, desandarlas. Esas líneas se volvían a encender una y otra vez, deteniéndonos y exigiendo nuestra atención. Allí nos detuvimos, sobre ello reflexionamos y escribimos, como los arqueólogos de Deleuze, *vamos de estrato en estrato* a sabiendas de que no hay más que “estratos superpuestos” (2013: 39), y por tanto no hay sustancia que alcanzar. Esta suerte de ejercicio a tientas, en la que intentamos desenredar aquella experiencia de investigación, nos ha llevado a reafirmar que allí donde nos hemos pensado en la profundidad de alguna cuestión, solo estábamos rasgando la superficie de un nuevo estrato.

Avanzamos, escribimos, decimos, al mismo tiempo nos seguimos preguntando: ¿qué se puede decir? ¿Qué puedo decir yo? ¿Sirve para algo? ¿Qué sentidos tiene?

3- Pregunta y deseo

Para qué sirve reflexionar y escribir sobre estas preguntas que permanentemente se presentan en nuestro andar, abrumándonos y cuestionando nuestro rol, nuestro lugar como investigadores. Esas preguntas que pueden presentarse en cualquier investigador e investigación, aquí adquieren matices especiales sobre los que nos interesa detenernos. Estos cuestionamientos están íntimamente relacionados con el objeto de estudio con el que trabajamos, con el campo donde investigamos. Entendemos que cada contexto social interpela diferencialmente la investigación y a quien investiga, al mismo tiempo que dialoga con la recepción que cada uno pueda y quiera darle a dichas preguntas. Cada contexto genera sentires, tensiones, vivencias distintas. Las singularidades de cada campo se entranan con las características personales de quien investiga, en un momento histórico particular. En nuestro caso trabajar en contextos de pobreza urbana durante aproximadamente ocho años, ha suscitado afecciones, tensiones, ha dejado huellas en nuestros caminos y nuestro sentipensarnos (Galeano, 2010) como investigadores.

Aquellas experiencias vividas del campo nos tensionan acerca de lo que realmente hacemos, deberíamos hacer, nuestras expectativas y el para qué de ello. Hacer etnografía en los espacios urbanos marcados por la degradación ambiental y la extrema pobreza, implica exponer el propio cuerpo, la integridad física y la emocional, y esto repercute diferencialmente en cada investigador. Enciende preguntas distintas, con diversas formas de afectarse y hacerse cargo de las mimas. En nuestros casos, esas preguntas nos interpelaron profundamente y nosotros nos hicimos cargo de ellas como pudimos, desplegándolas, aceptándolas una y otra vez.

En nuestro caso, encontramos que esas preguntas acerca del qué poder decir y para qué, pudieron ser sobrellevadas, tramitadas, cuando allí, en el propio campo donde trabajamos, nos encontramos con el deseo de los otros, con sujetos deseando, pero también con nuestro propio deseo. El deseo, el otro deseando, el deseo nuestro, es lo que nos permitió de algún modo seguir adelante dándole sentido a nuestro trabajo, a esas preguntas que aparecían en el camino y que vuelven a reeditarse en esta escritura.

Incluso en el silencio, el llanto y el relato de situaciones traumáticas, muchas veces nos

encontramos con sujetos deseando, deseantes, que siguen poniéndole el cuerpo a la vida y sosteniendo y construyendo sueños. Desde la injusticia de perder un/a amigo/a, un/a hermano/a, un/a hijo/a, allí donde la muerte violenta circula de diferentes formas y se encarna, allí donde se construye la propia vivienda sobre y en medio de basurales, donde se vive en gran medida del cirujeo, allí también habita y se reedita día a día el deseo de los chicos, chicas, jóvenes y adultos que viven en estos espacios urbanos.

Allí también nos encontramos con nuestros deseos, aquellos vinculados con nuestro propio posicionamiento ético-político, con la búsqueda de un mundo más justo, de una sociedad menos desigual, donde no se arroje a gran parte de la población a vivir en la pobreza y con la esperanza de que todo aquello que uno reflexiona, investiga, escribe, pueda aportar -al menos algo y en algún momento- en ese sentido. Esos deseos entonces son los que cargan de sentidos a lo que hacemos, nos sostienen en nuestro hacer como cientistas sociales, a veces de forma más desapercibida, a veces de una forma más consciente. En momentos cuando uno descree de sus intervenciones, de lo que hace, allí el deseo se vuelve brújula, faro.

No es gratuito pensar esto, conlleva mucho esfuerzo intelectual y emocional hacerse cargo de estas preguntas, desmenuzarlas y llevarlas con uno. Son preguntas que tensionan la propia existencia, nuestras posibilidades del hacer y decir, incluso quedan latentes cuando nos proyectamos hacia el futuro pensando en nuestros horizontes profesionales. En medio de esta tormenta el deseo orienta, nos da la posibilidad de seguir reflexionando, escribiendo, sabiendo que la escritura también es un bálsamo. La escritura tranquiliza, es una forma de fijar algo, sensaciones, pensamientos, emociones, y también de mantener vivos esos deseos, los nuestros y los de los otros.

4- Disociación del hacer y del pensar, del decir y del sentir.

El espacio que se le suele dar a las emociones y los sentires del investigador/a en las construcciones teóricas es minúsculo, porque pareciera que la explicitación de ello resta valor, legitimidad o seriedad a lo que se dice, como si acaso restara estatus científico (Cabrera, 2010) También resulta que al escribir sobre ello, uno se encuentra más expuesto en sus afecciones a la mirada de los otros y eso muchas veces resulta un

desafío, una incomodidad que se debe atravesar. Esterilizar el escrito de todo lo que nos implica en lo afectivo, permite resguardarse y tomar distancia en la propia escritura. Sin embargo aquí sostenemos que la afección es central en el proceso de la investigación, es parte de la clave que nos dirige, que orienta las direcciones que tomamos en ésta, es el núcleo de nuestras preguntas y también de las respuestas que buscamos.

Revalorizar lo afectivo de esta forma permite volver a introducirnos en la escritura, no borrarlos de ella. Escribir tomando lo afectivo como una de las claves de escritura, permite encontrarnos en ella y hacernos cargo del mismo proceso de reflexión, de investigación. No se trata –parafraseando a Geertz (2015)- de tomar la propia experiencia del investigador como la materia prima de la atención analítica, tomándola como un fin en sí mismo, sino de explicitar primero en la propia reflexión y luego en la misma escritura, el lugar central que ocupa la dimensión afectiva en el proceso de la investigación. Se trata de un ingrediente clave para “leudar” la construcción teórica, lo que le da volumen a lo que podemos construir.

La afección es lo que permite primero pensar la frontera imaginaria entre la teoría y la metodología. Una frontera imaginaria que produce efectos concretos, que se hace carne en nuestras formas del decir, de hacer ciencia, de diferenciar apartados metodológicos y teóricos, de otorgar niveles y jerarquías de relevancia. Es la asunción de la afección, asumirla a conciencia, corporizarla en el pensar y el decir, lo que muestra la porosidad de dicha frontera y luego nos permite también hacerla estallar. La asunción de la afección es lo que dota de particularidad estos modos del pensar, del hacer y del sentir sobre los que volvemos en este escrito. Es aquello que nos permite entender esos modos como reflexión metodológica y teórica a la vez, al punto donde ya dicha diferenciación se torna sin sentido, ya que obtura la comprensión y resta profundidad a la reflexión.

La inquietud sobre las particularidades de estos modos del decir, del hacer y del pensar, sobre el lugar de la afección en la producción científica empezó a tomar forma cuando elaborábamos el artículo sobre las infancias. Fue desde allí, como ya adelantamos previamente, que empezamos a referir a estas cuestiones bajo la forma de tensiones. La idea misma de tensión fue la que nos condujo al trabajo con lo que entendemos como *conceptos en movimiento*. Desde allí, los conceptos devinieron en herramientas, claves,

llaves, para mirar, para pensar, desde el movimiento, la multiplicidad, las preguntas, las aperturas, las tensiones, las imágenes... Conceptos que nos permitieron huir de las definiciones cerradas, aquellas que linealmente reducen sentidos y proponen respuestas taxonómicas.

En ese sentido uno de los conceptos contruidos en nuestras investigaciones fue el de *violencia hacia la vida*. Con esta construcción quisimos dar cuenta de la necesidad de estudiar la violencia en su carácter relacional, intentando comprender las formas en que ésta se expresa en sentido político. Es decir tomando en consideración las relaciones de poder y la desigualdad social que imprimen, posibilitan, estructuran las violencias de manera desigual a través del trazado urbano. Ese concepto intenta apartarse de presentar la violencia como localizada y naturalizada en algún sitio o sujetos, e intenta posibilitar la pregunta: ¿violencia de quién a quién? ¿Cómo circula la violencia? ¿Cómo es posible que se presente bajo esas formas en un contexto social determinado? ¿Cómo atraviesa esa violencia la experiencia de los sujetos?

En fin una violencia en movimiento, siempre en relación, construyéndose políticamente, no atada a espacios y sujetos, pero definitivamente imprimiéndose sobre espacios y sujetos. La *violencia hacia la vida* nos ha servido para distanciar la violencia del espacio concreto, para no volver la violencia una sustancia, sino una relación, una tensión que se articula entre espacios, entre sujetos. Una violencia que puede comprenderse solo a partir de la consideración de las lógicas de poder, de las tramas políticas que atraviesan toda la ciudad y que imprimen disimiles formas, con sus particularidades, recurrencias e intensidades específicas (Mantiñán, 2018)

En otra de las investigaciones aquí recuperada, utilizamos construcciones conceptuales como los verbos compuestos (Machado, 2016) y exploramos la potencia del recurso del oxímoron (compuesto de palabras en el que conviven términos que se tensionan mutuamente). Ambas construcciones nos permitieron describir los relatos de futuro que nos encontramos en los relatos de estudiantes de escuelas secundarias en los contextos mencionados. Lo particular, lo específico del desear futuros en estos espacios urbanos remite a la convivencia –aunque no sin fricciones- de elementos dispares, yuxtapuestos, tensionados y tensionantes, el entramado de presentes, pasados y futuros compuestos, lo

sedimentado y lo actual. Este desear y temer futuro tensionado se da entre los tiros, las muertes, el juego y la vida, el deseo de irse, de mejorar y quedarse del barrio, el querer ser alguien, el deseo de mercancía, el reclamo de más y mejor escolaridad. De este modo, los verbos desear y soñar se componen de estos otros, tener, ser, poder, irse, quedarse, confluyendo en una construcción, un tiempo verbal compuesto.

Estos conceptos en movimiento, incorporan la idea de tensión como posibilidad del decir, como oportunidad de explorar la multiplicidad del desear al mismo tiempo que temer futuros. Estas construcciones devinieron claves/llaves para pensar sobre los modos en que los/as estudiantes piensan, desean y temen futuros en la intersección barrioescola en contextos de pobreza urbana.

Detenernos sobre estas cuestiones, que para muchos pueden parecer menores, nos permitió complejizar nuestras miradas acerca de los relatos de futuro y sobre la escolaridad en contextos de extrema pobreza urbana. Después de todo caminábamos sobre los terrenos del tiempo, cuestión que nos invitó a pensarnos en una construcción en construcción permanente.

Como modo de eludir la angustia que nos generó las (im)posibilidades de la escritura, dado que, en el mismo acto de nombrar, describir, los sentidos se fijan, se cierran, es que creamos conceptos en movimiento que en la hechura de las tesis se componen, se tensionan, devienen en otros. Siendo conscientes del devenir en la escritura, de la dificultad de dar cuenta del entramado de tiempos verbales que componen los relatos de futuro, acordamos con Deleuze que “Escribir es un asunto de devenir, siempre inacabado, siempre en curso, y que desborda (...) es un proceso” (Deleuze, 1996: 5). Los relatos de futuro, como cualquier otro devenir, implican la posibilidad del entre, siempre permiten la huida, en ello creemos radica el empuje a la creación de palabras y conceptos en movimiento.

Es en este ejercicio de escritura, del decir después del decir, que nos encontramos con el sentido que tomo la utilización en nuestras tesis de lo que denominamos como conceptos en movimiento. Creemos que con su uso, con las nuevas búsquedas y preguntas que facilitaron estas nociones, eludimos la utilización de dicotomías, la lógica binaria y nos focalizamos en las multiplicidades, huimos de la lógica dual de pregunta-respuesta,

pasado-futuro, utopía- desencanto y construimos esta forma del decir, del escribir en movimiento. Movimiento de marea, como ya lo expresamos previamente. Construcciones que en sí mismas incorporan la idea de tensión como posibilidad del decir, como oportunidad de explorar la multiplicidad de la vida en estos contextos urbanos particulares.

Estos ejemplos son retomados como una forma de poner en valor el proceso reflexivo que les dio lugar, no como un recetario a seguir en la reflexión metodológica teórica. Aquí valorizamos la forma en que estos fueron contruidos, no sus productos, aquello que concluimos. Esas construcciones nos permitieron pensar situaciones en determinados momentos. Son esos conceptos en movimiento los que significaron la oportunidad de hacer concreta esta forma de entender la investigación. No recurrimos a ellos aquí con la intención de “cristalizarlos”, de volverlos prismas para observar la totalidad de las experiencias de violencia, o los deseos/temores de futuro en los contextos urbanos caracterizados por la extrema pobreza y la degradación ambiental. El ejercicio de la construcción del concepto, nos permitió romper lo dado, pensar la intensidad de las cosas, la convivencia del dolor y el deseo en un mismo relato, lugar, persona. Es una construcción en movimiento, que consideramos teórica y a la vez metodológica, porque se trata de una forma de hacer ciencia, de posicionarnos de una manera particular frente a lo que investigamos, de no desmembrar la vida de los otros ni la propia.

Desde ahí, en esta posición tensionada y tensionante, es que construimos estos conceptos. Lo que construimos es una fotografía, pero una fotografía en movimiento, no estática, se trata de una imagen con diferentes tonalidades, texturas, matices, intensidades, que dan cuenta de las líneas de fuerza que se ensamblan y bifurcan. El movimiento en realidad ya está dado por el propio proceso de la reflexión y la investigación, y por la vida misma de los otros, vida tensionada y en movimiento.

5- Palabras finales: La vuelta al Sentido

Los procesos decantan, uno encuentra -y es encontrado en- momentos para decir ciertas cosas y no otras. Se trata de procesos personales, atravesados por el propio desarrollo de la carrera. En ese desarrollo hay momentos donde uno puede sentirse más habilitado para

escribir o no ciertas cosas. Ser *doctor* parece habilitar un poco más para escribir con más juego, creatividad, soltura, sobre aquellas cuestiones metodológicas y teóricas, que en momentos anteriores nos incomodaban. También es cierto que los contextos histórico-sociales habilitan y fomentan o no ciertas preguntas, demarcan los contornos de lo decible, lo pensable, y en ese sentido es que aquí nos animamos a escribir acerca de estos cuestionamientos que nos habitan.

Entendemos que son las características de nuestras elecciones como cientistas las que modelan nuestras construcciones. En el status científico la construcción teórica goza de una mayor jerarquía que la construcción metodológica, como si esta no fuera la condición de posibilidad de pensar teóricamente. Ya Deleuze (López Petit, 1994) alertaba que el pensar y el actuar no se da por canales diferentes. Aquí nosotros es claro que elegimos un camino diferente rompiendo con esa dicotomía y jerarquía. A partir de nuestras propias preguntas intentamos construir una reflexión acerca de la propia investigación científica, sin separar la cuestión metodológica de la teórica, porque creemos que no vendría a tener sentido tal frontera.

Nuestra reflexión permanece en modo pregunta. No concluimos con definiciones cerradas, no elegimos el camino de los conceptos que cercenan, esta reflexión incluye lo teórico y lo metodológico a la vez, y ambas se imbrican en un movimiento. Nuestra reflexión se fundamenta en conceptos abiertos, preguntas, porque son ellos quienes nos mantienen en movimiento, para ver, para pensar...

Ese modo pregunta que atraviesa nuestras reflexiones, se traslada también a nuestro pensamiento acerca del propio quehacer como cientistas sociales. En este sentido nos vemos enfrentados repetidas veces con la pregunta acerca de los sentidos que adquiere nuestra investigación. Es decir qué sentido tiene nuestro decir, nuestro andar, en definitiva nuestro trabajo en estos contextos urbanos específicos, marcados por la pobreza, atravesados por fuertes experiencias traumáticas. El modo pregunta así, permea nuestra existencia.

Sabemos que son las características del campo donde trabajamos las que nos enfrentan con esta cuestión, y creemos efectivamente que nuestra investigación, pensándola como

medio para contribuir a la transformación social y material de dichos contextos, quizás no sirva para mucho. Y esto es algo que nos inquieta, nos incomoda. Pero al estudiar allí con sujetos también deseantes nos ayuda a pensar que es válido seguir... viviendo, haciendo y pensando. Esa construcción que hacemos con el otro le devuelve al otro y a nosotros mismos la posibilidad de pensarnos de otra forma (Augé 2014). Quizás de esa forma contribuimos a volver preguntas posibles acerca de lo que estudiamos y a partir de ello, preguntas posibles acerca de los otros y nosotros mismos.

La pregunta por el para qué escribir, se vincula con nuestra inquietud por el mundo en el que queremos vivir y el cuestionamiento del mundo en el que estamos viviendo. Mas que preguntarnos por la utilidad de lo que hacemos, escribimos, pensamos, necesitamos recuperar la pregunta por el sentido. Suena similar, pero lo consideramos diferente, dado que entendemos que la pregunta por el sentido recupera nuestra posición ético-política, nuestras posturas en el campo, nuestras formas de pensar la ciencia. Escribir toma sentido en esta disputa de significados. Es un territorio en disputa, atravesado por el deseo.

En un contexto donde asistimos a la mercantilización del deseo y donde el mismo deseo puede pensarse como foco de gobierno y regulación (Rose, 2012), la desigualdad y exclusión social de gran parte de la población, preguntarnos en torno al deseo y la posibilidad del decir, nos permite fugar(nos) hacia esa idea de sociedad que queremos, deseamos y nos constituye en nuestro quehacer como científicos sociales.

Bibliografía

- Augé, Marc (2014) *El antropólogo y el mundo global*. Siglo XXI, Buenos Aires.
- Cabrera, Paula (2010) “Volver a los caminos andados” en: *Revista nuevas tendencias en antropología*, Nro 1.
- Deleuze, Gilles (1996) *Crítica y clínica*, Anagrama. Barcelona.
- Deleuze, Gilles (2013) *El saber: curso sobre Foucault*. Cactus. Buenos Aires.
- Deleuze, Gilles y Guattari, Félix (2000) *Mil Mesetas. Capitalismo y esquizofrenia*. Pre-Textos. Valencia.

- Bourgois, Philipe (2010) *En busca de respeto. Vendiendo crack en Harlem*. Siglo XXI, Buenos Aires.
- Krotz, Esteban (1994) “Alteridad y pregunta antropológica”. En *Alteridades*. 4 (8) Pp: 5-11.
- Galeano, Eduardo (1993) *El libro de los abrazos*. Siglo XXI, Madrid.
- Geertz, Clifford (2006) *La interpretación de las culturas*. Gedisa. Barcelona.
- Geertz, Clifford (2015) *El antropólogo como autor*. Paidós Studio. Barcelona.
- Grinberg, Silvia; Machado, Mercedes; Mantiñán, Luciano Martín (2016) “Relatos de infancias: Nacer y vivir en las villas del sur global. Cartografía y devenir de la subjetividad en las sociedades contemporáneas”. *Revista Ultima Década*. Centro de Estudios Sociales. *Versión On-line* ISSN 0718-2236.
- López Petit, Santiago (1994) “Deleuze y la política. Entrevista a Toni Negri”. En: *Revista Archipiélago*, Nro. 17.
- Machado, Mercedes (2016). *Dispositivos pedagógicos y relatos de futuro en escuelas secundarias emplazadas en contextos de extrema pobreza urbana y degradación ambiental*, tesis doctoral. Universidad de Buenos Aires. Buenos Aires.
- Mantiñán, Luciano Martín (2018) *La violencia hacia la vida en contextos de pobreza urbana y degradación ambiental*. (Tesis de Doctorado) Instituto de Altos Estudios Sociales. Universidad Nacional de San Martín. Buenos Aires. Disponible en: <http://ri.unsam.edu.ar/greenstone/collect/coltesis/index/assoc/HASH076e.dir/TDOC%20ID AES%202018%20MLM.pdf>
- Rose, Nikolas (2012) *Políticas sobre la vida. Biomedicina, poder y subjetividad en el siglo XXI*. Editorial Unipe. Buenos Aires